

IN MEMORIAM

El día 5 de octubre de 1964 moría en la Curia Generalicia de Roma, el muy Reverendo Padre General Juan Bautista Janssens, después de gobernar durante diecinueve difíciles años la Compañía de Jesús. Su muerte, corolario de años de prolongadas dolencias, coronó una vida consagrada desde la juventud al servicio de la Iglesia en las filas ignacianas.

Llegó al generalato de la Compañía de Jesús —primer general, surgido de una congregación posterior a la guerra— con un profundo conocimiento de la Compañía.

Esta toma de conciencia de la situación de la Compañía no se limitaba al profundo conocimiento de los aspectos espirituales, jurídicos e institucionales que caracterizaban a su orden religiosa. Desde los diversos cargos que ocupó pudo captar la realidad concreta, fruto de las necesarias agitaciones internas y externas producidas por el conflicto bélico, en que tenían que vivir los jesuitas.

Fue profesor de Derecho Canónico y Rector en un escolasticado que por tradición recibe jesuitas del mundo entero. Instructor de Tercera Probación y Provincial de la Provincia de Bélgica Septentrional, que mantuvo una misión en Africa, Delegado a la Congregación de Procuradores del año 1933, Elector en la Congregación General XXVIII y Visitador durante la guerra de tres provincias jesuíticas, fue elegido General el año 1946. Toda esta trayectoria le dio repetidas ocasiones de mostrar su espíritu amplio, su fraternal caridad para con todos, y su disposición para captar lo esencial de las diversas circunstancias sin perderse en la nimiedad de los detalles. Este caudal de experiencia al conjugarse con sus cualidades iban disponiéndolo paulatinamente y preparando su futura obra como general.

Al ascender al generalato encontró a la Compañía agitada por causa de los acontecimientos mundiales en los que un gran número de sus miembros había participado. Había una gran sed de paz en la humanidad. Se sentían los signos evidentes de grandes transformaciones. Los jesuitas, miembros de la Compañía de Jesús, habían conocido las dificultades de la guerra y las penurias de los campos de concentración. Regresaban a las diversas casas religiosas trayendo de una y otra parte el cúmulo de sufrimiento que habían marcado esos serios años. La Compañía debía ejercitar su apostolado en un mundo nuevo y convulsionado.

La experiencia, que enriquecía las cualidades del Padre General, le permitió encarar todos esos problemas, y en sus cartas a la universal Compañía se trasluce claramente la preocupación por las nuevas realidades que agitaban a la Iglesia y a la sociedad contemporánea. Así escribió sobre la situación de los Hermanos Coadjutores en la Compañía, sobre la Liturgia y el Apostolado Social, sobre la Pobreza y la Mortificación. Todo tendiendo a acomodar las obras y la vida de sus religiosos dentro de las nuevas estructuras mundiales.

Su generalato comienza con una carta sobre la vida interior, fundamento real de la acción apostólica en toda vida cristiana. Esta primera carta tenía necesidad de una enseñanza complementaria.

Así lo entendió el P. Janssens y lo dijo expresamente en su carta sobre los ministerios apostólicos de la Compañía: "... me ha parecido aprovechar esta ocasión para hablaros de algo que hubiera tenido mejor cabida en mi carta anterior, y sin la cual, como lo he oído de varias partes, las normas dadas por aquélla, no se podrían llevar a la práctica con toda la intensidad que vosotros quisierais: he de referirme a la prudente selección entre los múltiples ministerios que tenemos entre manos. Pues a no ser que nuestros trabajos se ajusten dentro de un justo límite, adaptado a nuestras fuerzas, apenas si tendremos el ánimo dispuesto para trabajar seriamente en adquirir la perfección a que de tantas maneras nos empuja a conseguir nuestro Instituto".

En la carta sobre los ministerios sienta con toda claridad

los criterios que deben iluminar toda elección de trabajos apostólicos en la Compañía de Jesús. Bajando al particular incluye como primer deber de la Compañía el trabajo científico: "... entre los ministerios más importantes colóquese el trabajo científico propiamente dicho —ya sea de materias sagradas o profanas— al que la tradición de la Iglesia y de la Compañía considera como propio nuestro, guardada como es natural, la jerarquía que requiere la edificación del Cuerpo de Cristo. Es múltiple el valor apostólico de este trabajo. Nadie ignora cuanto mal hacen a las almas aquellas ideas que hace un siglo fueran lanzadas por unos pocos hombres doctos y que, captadas al principio tan sólo por unos pocos, se extendieron después entre todas las personas cultas, y por último llegaron al pueblo mismo. Lo que sirve para el mal, sirve también para el bien".

Nuestra revista, al recoger los trabajos, fruto de la investigación de los profesores y alumnos de las Facultades de Filosofía y Teología de la Provincia Argentina de la Compañía de Jesús, siente estar cumpliendo modestamente esta indicación del Padre Janssens, queriendo con estas líneas recordar a quien confirmara con sus enseñanzas el sentido plenamente ignaciano de su esfuerzo científico.